

## **El pesimismo revolucionario de Simone Weil**

### **Lectura de *Las reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social***

ALÍN SALOM

Simone Weil es un personaje muy sugerente; es enigmática, poética, una extraña mezcla de fragilidad y fortaleza. Provoca mucha admiración y a la vez cierta desazón, cierta angustia. A Simone Weil le tocó vivir un período muy oscuro de la historia. Nació en 1904, murió en 1943: tuvo que atravesar la primera Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial. No solo no evitó verse involucrada en los terribles acontecimientos de su siglo, sino que intentó ir al corazón de la historia. Formó parte de la columna Durruti en la Guerra Civil Española; de *France Libre* en Londres durante la II Guerra Mundial; trabajó como obrera en la Renault y como obrera agrícola en Ardèche. ¡Qué valentía la suya!, no solo en su vida, sino también en su reflexión, en su praxis teórica. Allí la vemos a los 24 años, peleándose con Trotsky en la Noche Vieja de 1933 sobre la doctrina marxista y la situación en Rusia.

Simone Weil es valiente, pero a la vez frágil. Tiene aciertos increíbles, pero a la vez errores garrafales<sup>1</sup>. Es un personaje que me interroga, me hace ponerme a mí misma en tela de juicio. Me pregunto: Y tú, y tú, ¿qué has hecho para mantener la coherencia entre tu vida y tu pensamiento? Es impactante la forma en que modula su solidaridad con los oprimidos. No desarrolla una empatía imaginaria o simbólica con ellos. Ella no ayuda, no acompaña, no defiende al débil, al oprimido. Comparte directamente su suerte. Se pone en el lugar del otro, no metafóricamente sino físicamente. En la solidaridad con los demás Simone Weil pone su cuerpo. Yo no. Simone Weil intenta ir al corazón de la historia; en cambio yo huyo despavorida, lo evito.

Lo que resulta paradójico es que la propia Simone Weil haya dado precisamente argumentos para defender que uno pueda ser reticente a servir a una causa, a cualquier causa colectiva. Dice en el último párrafo con el cual cierra sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*:

Los destinos futuros de la humanidad no son el único objeto que merece consideración. Solo los fanáticos pueden conceder valor a su propia existencia en la medida solamente en que sirve a una causa colectiva; reaccionar contra la subordinación del individuo a la colectividad implica comenzar por rechazar la subordinación del propio destino al curso de la historia<sup>2</sup>.

Tal vez hubo algo enfermizo en su exceso de solidaridad, en su empeño en ir siempre hacia lo peor –llegó hasta la anorexia–. Según sus biógrafos, Simone Weil se comparaba con el asno de Buridán. Supongo que conocen la paradoja... El asno de

Buridán se encuentra un día exactamente a la misma distancia de dos montones de heno idénticos. ¿De cuál comer? Duda y duda hasta morir de hambre, porque no hay nada que le facilite la elección. Simone Weil dudaba mucho antes de elegir un camino por no saber con certeza cuál implicaba el mayor sacrificio. Rechazaba todo privilegio, no quería perderse ninguna desgracia, desperdiciar la oportunidad de sentir ningún sufrimiento. Sin embargo, ¡se perdió Auschwitz! Habría bastado con que se hubiese dejado llevar. ¡Qué paradójica es la vida! Susan Sontag dice que justamente por ese cariz enfermizo Simone Weil es interesante. Sontag hace una lista de pensadores enfermizos y dice que justamente por tal característica resultan solventes.

Kierkegaard, Nietzsche, Dostoyevsky, Kafka, Baudelaire, Rimbaud, Genet –and Simone Weil– have their authority with us because of their air of unhealthiness. Their unhealthiness is their soundness, and is what carries conviction<sup>3</sup>.

Las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, que nos ocupa en este artículo, fueron redactadas en 1934. No fueron publicadas hasta 1955 por Camus en Gallimard, bajo el título de *Opresión y libertad*. Simone Weil no vio ni uno solo de sus libros publicado en vida. Justo después de redactar sus *Reflexiones* se fue a trabajar a la fábrica. Nos preguntamos: ¿por qué justo después de escribir estas *Reflexiones* decide tal cosa?

### **Crítica del marxismo**

Simone Weil hace una profunda crítica al marxismo en estas *Reflexiones*, pero la hace desde el respeto, la admiración. Incluso pretende ser más marxista que Marx. Piensa que Marx no fue suficientemente marxista, que el materialismo marxista es aún “un instrumento virgen”. Tiene la valentía de denunciar todos los núcleos mitologizantes de la filosofía marxista. Cabe señalar, de paso, que Simone Weil presta atención al materialismo histórico, no a la dialéctica en la obra de Marx. Hegel penetrará en Francia más tarde, a partir de las clases de Kojève. El idealismo hegeliano no le interesa a Simone Weil.

Los blancos de las críticas de Simone Weil son fundamentalmente tres:

- 1) el determinismo marxista,
- 2) la ceguera de Marx respecto a la cuestión del poder, y
- 3) el mito del paraíso post-revolucionario (la fantasía de una supuesta etapa superior del comunismo) y su corolario, la revolución.

### **Una concepción mitológica de las fuerzas productivas**

El auténtico motor de la historia para Marx no es la lucha de clases sino el crecimiento de las fuerzas productivas, dice Simone Weil. Marx afirma que cada modo de producción hace crecer la producción y que, cuando una clase social obstaculiza el desarrollo de las fuerzas productivas, es automáticamente derrotada. Weil, con razón, objeta: ¿por qué una clase social dominante no iba a poder mantenerse en el poder, aunque no desarrolle las fuerzas productivas, si detenta el poder fáctico –militar, policial, judicial, político– para ello? Y, por otro lado, ¿para qué luchar para derrotar a la burguesía si de todos modos está llamada a derrumbarse? Nietzsche escribe en *La gaya ciencia* que lo que cae debe ser además empujado. Pero, en el fondo, aunque la idea resulte graciosa, no es cierta: lo que cae no necesita ser empujado.

Simone Weil piensa que Marx cree en una especie de Providencia, una misteriosa voluntad que mueve el mundo. Hay como una religión de la economía en Marx, dice Simone Weil, una concepción mitológica de las fuerzas productivas. Las fuerzas productivas están elevadas al estatuto de una divinidad. Todo debe contribuir a su crecimiento. Cada régimen social, cada clase dominante tiene esta misma misión. El socialismo marxista, supuestamente científico, en el fondo no lo es para nada; es más bien religioso, dogmático. ¿Por qué la infraestructura iba a determinar el curso de la historia?, se pregunta Simone Weil. ¿Por qué se iba a imponer la economía a la política? Todo depende del juego de fuerzas, de la fuerza fáctica que tenga la clase dominante. Aunque no haga crecer las fuerzas productivas, si puede permanecer en el poder por medio de la opresión, obviamente lo hará.

Simone Weil está pensando en la URSS cuando se queja del productivismo dogmático de Marx. De hecho, la obsesión comunista por el desarrollo de las fuerzas productivas llevó a la URSS a imponer un tipo de industrialización terrible para los trabajadores. Esta religión del desarrollo se utilizó como justificación para oprimir a los obreros. Para Simone Weil, la opresión no está en la propiedad privada sino en el modo de producción industrial mismo. En este sentido, se ejerce en la URSS, piensa Simone Weil, la misma opresión que en el mundo capitalista.

### **La ceguera de Marx respecto a la cuestión del poder**

Simone Weil dice que Marx cree que en cuanto se establezca el socialismo desaparecerá la lucha por el poder. Como si todo fuera un problema de propiedad privada. Lo que pasa en la URSS, el estalinismo, en concreto, demuestra que no es así, defiende Simone Weil. Pero no es un problema únicamente de Stalin. Weil encuentra en Trotsky –y en los bolcheviques en general– un desprecio olímpico por las ideas democráticas. Piensa que todos ellos tienen una vena autoritarista nefasta.

### **Desmitificación de la revolución y de la idea de paraíso post-revolucionario**

Para Weil, el sueño del paraíso terrenal de después de la revolución es una mistificación. Marx se declara científico; en el fondo es totalmente utópico, cree Weil. Para ella, la palabra *revolución* es una palabra sin contenido. Observa que cada individuo la entiende de una forma diferente. Sin embargo, ello no impide que la gente se mate y muera en su nombre. La revolución es un artículo de fe, piensa Weil. ¡Es una ingenuidad pensar que un simple decreto pueda poner el sistema de producción actual al servicio de una sociedad de hombres libres!, dice Weil.

Simone Weil rechaza hasta tal punto la utopía del paraíso post-revolucionario, que escribe que el comunismo imaginado por Marx es el opio del pueblo. Igual que la religión, a la que Marx consideraba el opio del pueblo. Esta utopía del paraíso conquistado mediante la revolución funciona para velar las cadenas que aherrojan a los trabajadores en las sociedades que han llevado a cabo la revolución. Sirve para frenar cualquier reivindicación de justicia en el más acá, igual que lo hace el cristianismo. Es así como en la URSS el proletariado acepta la opresión, se somete. Escribe Weil:

El comunismo imaginado por Marx es la forma más reciente de este sueño; un sueño que, como todos los sueños, siempre ha resultado vano y, si ha podido consolar, lo ha hecho como el opio; es hora de renunciar a soñar la libertad y decidirse a concebirla<sup>4</sup>.

En *todos* los regímenes los obreros son explotados, señala Weil. La plusvalía, tanto en los países del capitalismo como en los del socialismo real, les es arrebatada a los obreros para reinvertirla en la producción. La supresión de la propiedad privada no suprime el trabajo opresivo. Ambos sistemas, tanto el capitalismo occidental como el socialismo oriental, resultan ser incapaces de poner el maquinismo al servicio del bienestar de todos. Solo una clase se beneficia del maquinismo, tanto en un sistema como en el otro. Para evitar el conflicto social, hay una huida hacia delante, hacia un crecimiento *non-stop* de las fuerzas productivas.

### **Más marxista que Marx**

Weil pretende ser más marxista que Marx; el materialismo marxista fascina a Simone Weil. Le parece extraordinario. Escribe en las *Reflexiones*: "Tanto en la sociedad como en la naturaleza, las cosas se realizan mediante transformaciones materiales." Marx no fue lo suficientemente marxista. El materialismo histórico es un "instrumento virgen". No es sorprendente que las revoluciones fracasen cuando los revolucionarios sostienen una suerte de pensamiento mágico. El pensamiento utópico-mágico es inútil. Hay que ceñirse al análisis realista de las fuerzas en liza, de los problemas concretos, de los modos de trabajo.

El único error de Weil es que subestima la técnica. Ella piensa que la técnica aporta inconvenientes, hasta el punto de considerarla un factor de regresión económica. Piensa que hay trabajos terribles (como la minería) que no tienen solución mecánica y que las máquinas nunca podrán suplir. Cree que un crecimiento continuo e ilimitado del rendimiento del trabajo es inconcebible. Y que es una idea loca pensar que el trabajo podría llegar a ser un día superfluo. En nuestros días es más fácil percibir el inmenso poder de la tecnología –gracias a la alianza del capitalismo con la ciencia–.

### **Suprimir la opresión tal vez no sea posible**

Uno de los pensamientos más poderosos de Simone Weil es su *profundo pesimismo*. Weil escribe: “Nada permite suponer que la supresión de la opresión sea posible o comprensible”. No es seguro que se pueda establecer un sistema social justo. El pesimismo recorre todo el libro como un hilo rojo. La izquierda siempre ha pretendido unir el progresismo con el optimismo. Sin embargo, hay buenas razones para ser pesimista. Weil dice que Marx no aclara por qué los oprimidos *jamás* han logrado fundar una sociedad no opresiva. Visto lo visto y ante la historia de las revoluciones y las evoluciones, no nos es difícil darle la razón a Weil. Veamos la raíz del pesimismo weiliano.

### **La religión del poder**

Weil utiliza en su análisis otro concepto para entender la opresión, un concepto al cual Marx no presta atención: la noción de *poder*. La opresión no tiene su origen en la propiedad privada sino en la estructura del trabajo, piensa Weil. La división del trabajo genera automáticamente *privilegios*: de los que saben (sacerdotes, sabios, técnicos); de los que organizan el trabajo; de los tienen las armas; de los que comercian; de los que administran los asuntos públicos, etc., etc., etc. Allí donde hay privilegios, no hay libertad. Pero desmontar el sistema de privilegios resulta prácticamente imposible. Renace una y otra vez por todas partes. Incluso en el seno de los partidos de izquierdas (no faltan ejemplos), en las sociedades supuestamente socialistas, un sistema de privilegios rápidamente se recompone después de cada intento de desmontarlo. Weil es tremendamente sensible a los micropoderes, para decirlo en términos foucaultianos. No tiene sentido quejarse de los macropoderes cuando cada individuo aprovecha la más mínima oportunidad para afirmar su micropoder y cuando se tejen redes de privilegios que se extienden como un cáncer en todo el espacio social. “Toda la vida social está dominada por la lucha por el poder”, dice Simone Weil<sup>5</sup>.

De hecho, no hay poder, dice Weil, sino lucha por el poder, una carrera que no tiene límite ni medida. Hay una loca lucha por el poder, lucha que se da tanto entre patronos como entre obreros. La lucha por la producción no es más que una parte de esta carrera por el poder. Reina en la sociedad, dice Weil, “una religión del poder”.

Toda sociedad opresora está cimentada por esta religión del poder que *falsea todas las relaciones sociales*, al permitir a los poderosos ordenar más allá de lo que pueden imponer; sucede igual en los momentos de efervescencia popular, momentos, al contrario, en los que todos, esclavos rebeldes y amos amenazados, olvidan hasta qué punto las cadenas de la opresión son pesadas y sólidas<sup>6</sup>.

Weil da el ejemplo de *La Ilíada*. Allí se ve cómo la loca carrera por el poder arrastra a los hombres a la guerra de Troya. Nadie sabe por qué lucha, por qué se sacrifica, por qué sacrifica a los demás. Todos los intentos de paz fracasan. Los hombres sistemáticamente se precipitan a la lucha, empujados por una fuerza ciega. El problema no es el egoísmo, sino, al contrario, la falta de egoísmo. ¡Ojalá la gente fuera egoísta!, dice Weil. No se dedicaría al sacrificio absurdo, no caería en el error de *la sustitución de los medios a los fines*. Aquí está la clave de la opresión, según Weil. El poder no debería ser más que un medio. Pero se convierte en un fin: *el fin de todos los fines*. Esta inversión es la locura fundamental. Los hombres no la pueden regular. De vez en cuando los oprimidos se liberan de sus opresores, pero no hacen más que reemplazarlos. Cambian la forma de la opresión, pero siguen oprimidos.

Para suprimir la opresión habría que abolir todos los monopolios: del saber, de las armas, del dinero, de la coordinación del trabajo..., lo cual tal vez sea imposible. Tal vez *la opresión es una necesidad de la vida social*. Y es una ingenuidad pensar, como Trotsky, que acabará solo porque resulta perjudicial al desarrollo de las fuerzas productivas, dice Simone Weil<sup>7</sup>.

### **La opresión es una necesidad de la vida social**

La frase "la opresión es una necesidad de la vida social" me ha sobresaltado y me ha puesto nerviosa. Es la primera vez que me encuentro con un filósofo, totalmente solidario con los oprimidos, que tiene la osadía de enfrentarse con la posibilidad de que la vida social tal vez no tenga remedio. Por supuesto que se pueden llevar a cabo reformas. No hay que despreciar la dimensión cuantitativa de la opresión. Pero la opresión no se puede erradicar del todo; el lazo social no tiene remedio.

Simone Weil lleva el pesimismo hasta sus últimas consecuencias y dice: "Este orden social parece absurdo, pero no hace sino reflejar el absurdo esencial que se da en el corazón mismo de la vida social"<sup>8</sup>. La sociedad es un engranaje siniestro. En la sociedad se da un sombrío juego de fuerzas ciegas, que se unen y se enfrentan, progresan o decaen, sin *jamás dejar de triturar a los desdichados humanos*. La cita precisa es:

Por muchas formas que tomen las transformaciones sociales, cuando se intenta poner al desnudo su mecanismo, solo se percibe un sombrío juego de fuerzas ciegas que se unen o enfrentan, que progresan o decaen, sin dejar jamás de triturar a los desdichados humanos.<sup>9</sup>



Pienso que el pesimismo de Weil es una bomba. Lo que resulta fascinante es que Weil evacúa el exceso de sentido que había en el marxismo. En el fondo, la mecánica social no es plenamente racional; es, en gran medida, “un siniestro engranaje”, como con razón afirma Weil.

### **La única conquista espiritual de la cultura occidental después de los griegos**

¿Por qué Simone Weil se va a trabajar a la fábrica? Durante un año circula entre tres o cuatro industrias, entre ellas la Renault. No es por capricho frívolo de burguesita en busca de experiencias. Ella lo explica en la última parte de sus *Reflexiones*:

La civilización más plenamente humana sería aquella que tuviese el trabajo manual como centro, aquella en la que *el trabajo manual constituyese el supremo valor*. No tiene nada que ver con la religión de la producción que reinaba en América durante el período de prosperidad o que reina en Rusia desde el plan quinquenal, porque esta religión tiene como objeto verdadero los productos del trabajo y no al trabajador, las cosas y no al hombre. *El trabajo manual debe llegar a ser el valor más alto* no por su relación con lo que produce, sino por su relación con el hombre que lo lleva a cabo, no debe ser objeto de honores o de recompensas, sino constituir para cada ser humano, aquello de lo que, más esencialmente, tiene necesidad para que su vida tome por sí misma un sentido y un valor a sus propios ojos<sup>10</sup>.

Hay una mística del trabajo, concretamente del trabajo manual, en Simone Weil. “¿El trabajo manual debe llegar a ser el valor más alto”...! Así que a Weil el trabajo manual la interrogaba realmente. Pensaba, para decirlo parafraseando a Rimbaud, que la verdadera vida estaba en otra parte, estaba en el trabajo manual; por eso fue a trabajar a la fábrica. Weil dice incluso que la noción de trabajo es la única conquista espiritual que ha logrado la cultura occidental después de los griegos<sup>11</sup>. Los griegos despreciaban el trabajo manual; Occidente fue capaz de ir más allá. Weil reivindica la dignidad del trabajo, especialmente del manual:

Siempre que el movimiento obrero ha sabido escapar de la demagogia, ha fundado sus reivindicaciones en la dignidad del trabajo<sup>12</sup>.

¿Qué descubre Weil en el curso de aquel año de trabajo fabril? En *La condición obrera* Weil saca conclusiones desgarradoras:

He sacado en suma dos lecciones de mi experiencia. La primera, la más amarga y la más imprevista, es que la opresión a partir de un cierto grado de intensidad engendra no una tendencia a la rebelión, sino una tendencia casi irresistible a la más completa sumisión. Lo he constatado en mí misma, yo que, no obstante, lo habrá usted adivinado, no tengo un carácter dócil; es aún más concluyente. La segunda es que la humanidad se divide en dos categorías, la gente que cuenta para algo y la gente que no cuenta para nada<sup>13</sup>.

Simone Weil tiene la experiencia, aquel año de trabajo fabril, de la quiebra subjetiva más absoluta, del derribo total. Luego escribirá al padre Perrin:

Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos y a mis propios ojos con la masa anónima, la desgracia de los otros entró en mi carne y en mi alma<sup>14</sup>.

Weil afirma que el hecho capital en la fábrica no es el sufrimiento, sino la humillación. Los obreros quedan expuestos a una gigantesca máquina que ignoran. No saben para qué sirve el trabajo que realizan. No saben qué van a hacer al día siguiente. No saben si ganarán menos, si los despedirán. Andan totalmente perdidos. Escribe: "la ignorancia total es demasiado desmoralizadora". Habla de la hostilidad, la rivalidad entre los trabajadores. También de la fraternidad en las huelgas. Pero globalmente lo que reina es el *silencio*. La experiencia resulta terrible.

En definitiva, concluimos que la crítica weiliana al marxismo y a la URSS no tienen vuelta de hoja. Demasiadas revoluciones han fracasado para seguir con esta ilusión. Es hora de escarmentar, de observar con objetividad el lazo social. La única revolución posible sea probablemente el reformismo revolucionario.

#### NOTAS

1. Por ejemplo, con la cuestión judía. La cuestión del antisemitismo parece estar en el punto ciego de Simone Weil –como también estuvo en el punto ciego de Marx–. Cuando prohíben en Francia que los profesores judíos sigan enseñando y queda Simone Weil excluida de la enseñanza a pesar de ser *agrégée* (catedrática de secundaria), escribe una carta estúpida a las autoridades, diciendo que ella no recibió ninguna educación judía, que no se considera como tal. ¡Caramba! Weil, que pretende compartir la suerte de todos los oprimidos y todos los aplastados por la injusticia, en esta ocasión se desentiende de la cuestión judía y se desolidariza explícitamente de los que pronto serán masacrados sin piedad. Podemos oponer a Weil la actitud de Arendt. Hannah Arendt, a diferencia de Simone Weil, rápidamente se solidariza con la comunidad judía que hasta entonces ni le iba ni le venía, exactamente igual que a Weil. Hannah Arendt lo enuncia claramente: cuando uno es atacado como judío, debe defenderse como judío.
2. Weil, S. *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Madrid, Trotta, 2015, p. 101.
3. Sontag, S. "Simone Weil", *The New York Review of Books*, accesible *on-line*.
4. Weil, S., *op. cit.*, p. 65.
5. *Ibid.*, p. 53.
6. *Ibid.*, p. 55. Las cursivas son nuestras.
7. Por cierto, Trotsky, sensible a los argumentos de Weil, intenta sacárselos de encima tratando a Weil de pequeñoburguesa y reaccionaria. Escribe: "desesperanzada por las



desgraciadas experiencias de dictadura del proletariado, Simone Weil ha encontrado consuelo en una nueva misión: defender su personalidad contra la sociedad. Fórmula del antiguo liberalismo renovada con una exaltación anarquista barata. [...] Ella y personas como ella, necesitarían muchos años para liberarse de los prejuicios pequeñoburgueses más reaccionarios". (Ángela Lorena Fuster: "Sin prejuicio ni sentimentalismo. Hannah Arendt, lectora de Simone Weil", en Birulés, F. & Rius, R. (ed.). *Lectoras de Simone Weil*. Barcelona, Icaria, 2013, p. 36).

8. Weil, S., *op. cit.*, p. 53.
9. *Ibid.*, p. 60.
10. *Ibid.*, p. 82-83. Las cursivas son nuestras.
11. *Ibid.*, p. 85.
12. *Ibid.*, p. 86. Es posible que su maestro Alain la inspirara. Alain dice: «El trabajo es la mejor y la peor de las cosas; la mejor si es libre, la peor si es esclava».
13. También escribe (*op. cit.*, p. 129): "Sé perfectamente que cuando uno está bajo las cadenas de una necesidad demasiado dura, si bien uno se rebela en un momento, al siguiente uno cae de rodillas. La aceptación de los sufrimientos físicos y morales inevitables, en la medida en que son inevitables, es el único medio de conservar su dignidad. Pero aceptación y sumisión son dos cosas muy diferentes".
14. Referencia perdida.